

cazaba inexorablemente á los oficiales y jefes, distinguiéndoles perfectamente entre la tropa.

La jornada del 19 fué muy corta, de «Río Verde» á «Las Juntas» tres horas de marcha, á dos leguas solamente de Tomochic, frente al enemigo.

Esa jornada, muy breve en verdad, pero pesadísima por ser toda una gran ascensión en caminata, por no encontrarse agua en todo el trayecto y no haber los alimentos suficientes, fatigó demasiado á la fuerza, la víspera del ataque.

¡Al fin llegaban!...



XII UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

**D**ESPUÉS de que se repartieron á la tropa y oficialidad las raciones de carne y harina del pobre rancho, hubo en el campamento, situado en una alta meseta desde cuyos bordes podrían dominarse facilmente todos los alrededores, una gran calma sorda que encubría la excitación de los ánimos, á la expectativa de la batalla.

Se hablaba quedo y se conversaba poco. Los rostros pálidos por la fatiga y el escaso alimento, miraban con ojos inquietos el horizonte limitado por las rocas y los pinos.

El general Rangel, en persona, que era el primer jefe (pues Márquez había regresado á Guerrero antes de llegar á la Generala), ordenó y vigiló el servicio de avanzadas.

A las ocho de la noche se apagaron las fogatas y

reinó el más profundo silencio. Solamente allá á lo lejos una gran luminaria lanzaba fantásticamente resplandores rojizos; de allí partía un incesante murmullo. Era el cuartel General.

—Se conoce que cenan y que aun beben algo,—decía Castorena, sentado á lo turco, con su carabina á un lado, á otros oficiales tendidos sobre la yerba.

—Pero tú, ya cenaste, lo que te preocupa es beber, borrachón, contestó el teniente Torrea, que procuraba colocar cómodamente su cabeza en una almohada de piedra.

—A mí, sí; de veras me preocupa beber; algo diera por un trago de agua,—dijo Miguel, al cual la carne asada, único alimento que probaba hacía dos días, le producía una sed insaciable y más cuando había escaseado tanto ese día el agua.

—Yo diera un poco más por un trago de sotol, hasta un verso,—agregó Castorena.

—Hombre... ¡á ver si ahora puede hacer versos el poeta!—dijo Torrea, ya acostado.

—Mañana los haremos todos cuando nos chamusquen los *tomoches*.

Un silencio helado siguió á esta conversación que en un ángulo del campamento, tenían los oficiales *francos*, después de una frugal cena de carne asada.

Charlaban lentamente, esperando la hora del *rondín*.

—Bueno... y ¿por fin como entraremos?—preguntó Miguel,—¿cuál es el plan? ¿Vendrá el coronel Torres ó es una *papa* nada más?

—Creo,—explicó el capitán Servín,—que la primera columna bajará por el Cordón, mientras nosotros entramos por el camino real y el coronel Torres ataca por el otro lado. El Hoskiss va á hacer primero, pedazos la iglesia, y ahora verán cómo salen las mujeres y se vuelven *bola* y... sí... cuestión cuando menos... cuando menos, de un par de horas... Ya los veremos... ¡los veremos!

—Al fin... siquiera que comamos gallina al medio día.

—¡Oh! quién sabe... quién sabe, muchachos... no sea que...

—Pero... y qué, mi capitán; si nos matan, siquiera comamos bien antes.

En aquel momento, entre la sombra, avanzó envuelto en su capote el capitán 1.º de la segunda compañía, quien con voz firme y serena, les saludó dándoles las buenas noches. Charló, animándoles con su conversación y les recordó que eran oficiales salidos del Colegio Militar, que tenían que demostrar que tan bien sabían estudiar, como batirse.

—Hasta mañana, señores... mucho cuidado... voy á dar una vuelta... ¡muy bien hechitos esos rondines! ¡eh!...

Se alejó con pasos medidos, alta como siempre su pequeña cabeza, mirando á todos lados con suma escrupulosidad.

Era el capitán Eduardo Molina. Todos en el fondo le querían por su buen corazón, siempre dispuesto á

salvar de cualquier apuro á sus oficiales; pero era muy severo y por esto solían sus inferiores motejarle; y como cuando daba la academia á estos, se complacía en explicar toda clase de combates á fuego ó bayoneta, le llamaban NAPOLEONCITO, porque como el Grande, era bajo de cuerpo y amaba la guerra. ¡Era un esclavo del deber y un leal amigo!

—Ya veremos mañana *de qué cuero salen más correas*, —dijo el poetastro— y como nadie le contestó, fastidiado y sin sueño, se puso de pie, con el propósito de ver si *echaba la sierra* á algún oficial de Estado Mayor.

A las cuatro de la madrugada del día siguiente, 20 de Octubre, se hizo levantar á la tropa en silencio.

En la sierra, á esa hora y en esa época del año, la obscuridad es profunda y el frío intenso.

Los sargentos primeros de las compañías no pasaron lista, sino contaron simplemente las *hileras*; los puestos avanzados se incorporaron á su fuerza.

Llevaban los soldados puestos sus capotes y sobre ellos cruzadas sus cananas y las bolsas de combate.

Media hora estuvieron todos en pie, impacientes, esperando la hora de marcha; media hora y sin que el alba asomase tras las agudas copas de los pinos que limitaban la meseta del campamento.

El general recorrió varias veces las columnas, hasta que al fin los *nacionales* se desprendieron entre las sombras para formar los exploradores de la vanguardia.

Un oficial de Estado Mayor previno á los jefes que se iba á principiar la marcha; los oficiales montaron en

sus caballos y ocuparon sus puestos; hubo un murmullo de voces y choque de cascos contra las piedras... de repente se empezó á marchar á través de la sombra espesa, bajo un cielo negro constelado de brillantísimas estrellas.

Al principio fué penosísimo, casi pavoroso, el descenso... ¡la tropa creía encontrar en lo bajo de la plataforma por la que descendía, el pueblo de Tomochic, y creía batirse allí en plenas tinieblas!... Bajaban lentamente hacia un valle que no parecía tener fondo!... bajaban tropezando... y se oía el ruido metálico de los cañones de los fusiles chocando con las ánforas... los caballos de los oficiales resoplaban y sus cascos hacían saltar chispas contra la roca dura.

Al fin llegaron á un terreno plano por el cual siguieron, *oblicuando* ligeramente á la izquierda: atravesaron un arroyo casi seco, y cuando la columna remontaba otro cerro, blanqueóse el cielo y palidieron las estrellas, y al encontrarse después de hora y media en la nueva cima... la aurora esplendía anaranjada y roja, tras los picachos de los cerros que á su espalda dejaban.

Entonces los oficiales echaron pie á tierra, dejando los caballos á soldados de «Seguridad Pública.»

¿A qué horas llegaban? ¿Dónde estaba Tomochic? Después de descender iba á principiar el ascenso á otro cerro... mas repentinamente la columna se detuvo... después hubo una evolución que equivalía á contra-marchar, y la fuerza se dirigió sobre su *flanco derecho*;

mas como por allí las rocas se alzaban cortadas á pico, se hizo más á la derecha y se remontó el mismo cerro por el cual habían descendido.

—¡Con un caramba!—gritó Castorena,—¿estamos jugando?

—No, mi capitán, *habrán* equivocado el camino.

Y se continuó la marcha; el sol empezó á calentar y el cansancio hizo cojear á algunos soldados, á causa de que el terreno se hacía asperísimo y se marchaba en la viva roca... no había ni un solo árbol...

—¡Entren! ¡Entren!—gritaban como siempre los oficiales, aun cuando ya ellos iban jadeantes. Mercado, que iba en la primera columna, cerca de una sección del 11.º, sentía una fatiga atroz. De repente vió correr en diferentes direcciones á los *nacinales*... la vanguardia se replegó á la columna...

En aquel momento se escuchó lejano, muy lejano, á través de las montañas, el toque de *atención, parte y rancho*,—la contraseña de la columna del coronel Torres que venía por el camino de Pinos Altos y que debía estar frente á Tomochic, al par que la fuerza del general Rangel.

A toda carrera siguió luego la columna hasta llegar á un claro en el monte... se escuchó un rumor lejano, algo como un desgranamiento traqueteante.

—¡El coronel Torres se está batiendo ya!... ¡muchachos, *nos quedamos sin tajada!*—gritó un oficial del 11.º batallón.

A cada momento el tiroteo se acentuaba más y

más... algunos soldados se aproximaron al borde de unas rocas entre las que había pinos y arbustos pequeños.

En las lejanías del horizonte se veía el extremo de un valle, vasto como un colosal anfiteatro.

—¡Allí está, allí está!—murmuraron señalando con el dedo un punto lejano, algunos soldados.

Se acercaron otros al borde de la cuesta; pero los oficiales les obligaron á volver á sus puestos.

Los artilleros llegaron á aquel lugar y mientras descargaban de las mulas el cañón, el teniente Méndez bajó por una pendiente abrupta con el objeto de dominar el valle, y con su carabina hizo fuego sobre él para calcular la distancia.

Todos siguieron aquella operación con mucho interés.

Ajustado el cañón sobre su montaje de cuatro patas, el oficial de artilleros apuntó minuciosamente, é hizo fuego. Sonó una gran detonación y el proyectil partió silbando en el espacio, describiendo una gran parábola. Segundos después se oyó la explosión de la granada.

Una gritería de entusiasmo acogió en las filas el primer cañonazo asestado á Tomochic.

—¡Viva Méjico, viva el general Diaz!—gritaron algunos, creyendo que aquel cañón era el triunfo de ellos y la derrota del pueblo.

—¡Viva!... ¡Viva!... ¡Viva el general Diaz!

—A las filas... ¡á sus puestos!... ¡Ella!

La pieza siempre apuntada por el teniente, conti-

nuó sus disparos, mientras las columnas esperaban órdenes y se oía más vivo el tiroteo, allá en el otro lado, donde el coronel Torres se batía, y su corneta de órdenes tocaba cada dos minutos, *atención, parte y rancho*, toque repercutido entre el lejano fragor de las detonaciones, por los múltiples ecos de las montañas de la sierra.



## XIII

EL sol á través de las altas ramazones de los pinos, bajaba ya caluroso y claro sobre la muchedumbre ordenada de aquella tropa inquieta, á la expectativa del combate.

La ansiedad había llegado al paroxismo, el terreno accidentado no permitía un orden correcto en las *columnas de compañía* que se habían formado, como si se tratase de maniobrar en terreno plano, por lo que era imposible que hubiese entre las fracciones, las *distancias é intervalos* que para este orden de formación previene la táctica.

Así es que Mercado en lo alto del cerro, tras la segunda sección de la segunda compañía (primera columna), sofocado tras del súbito *alto*, tuvo la idea vaga de lo inconveniente de esta disposición, considerando que

el enemigo, en *guerrillas*, los podía batir muy ventajosamente.

Los oficiales de Estado Mayor vestidos como paisanos, flotándoles tras el ancho sombrero la cinta roja, atravesaban entre las filas, apartando bruscamente á los soldados, llevando órdenes del general en Jefe, quien cerca de la pieza que cada dos minutos hacia fuego, rodeado de *nacionales* y soldados del 5.º regimiento, se instalaba á retaguardia.

—¡Que avance la primera columna!—gritó un ayudante, al teniente coronel Gallardo que la mandaba.

La columna se puso en marcha, desplegando su primera sección en tiradores y cargando las armas.

El joven se estremeció, sintiendo una poderosa impresión de frío por todo su cuerpo.

—¿Estaré pálido?—se preguntó; mientras descendía á saltos por la falda rocallosa, detrás de su sección.

¿Me verán los soldados?... ¿Tendré miedo?... ¡Mejor que me maten sin que lo sienta!.. pero de una vez... ¿qué sucederá?... ¡Mejor que me muera... ¡Maldita bola que tengo en el estómago!... ¡Qué frío!... ¡Si me vieran por dentro!... ¿Qué importa la vida?..

Poco más ó menos así pensaba Miguel, al ir descendiendo... Llevaba la cabeza erguida y los ojos muy abiertos.

Y continuaron bajando lentamente, guardando un silencio absoluto. Allá á lo lejos continuaban las detonaciones.

La segunda sección esperó en lo alto, para tener la

distancia reglamentaria, porque seguían ajustándose abiertamente á los principios de la táctica.

En cuanto á la segunda columna, desplegó sobre la izquierda, mandada por el teniente coronel Florencio Villedas.

La tercera quedó como reserva y escolta de la pieza, que empezaba al fin á regularizar sus fuegos.

Al frente de esta fuerza se destacaron los *voluntarios* de la cinta roja, quienes cautelosamente y con la carabina preparada, se adelantaron, para explorar el terreno abrupto y boscoso, que mientras más descendía, más dificultades presentaba.

¡Y era aquella la parte más practicable!

El *cordón* ó vereda que descende á Tomochic, no fué ocupado, pues allí harían al enemigo, un buen blanco las tropas.

El cerro por donde bajaban era el famoso del «Cordón del Lino,» donde se verificó la derrota el 2 de Septiembre.

Los soldados, diseminados, bajaban con desconfianza, con el oído atento y los ojos explorando á través de los árboles y las rocas; los oficiales se habían intercalado en la línea de tiradores y avanzaban resueltos, pero muy pálidos.

Ya habían cesado de oír el tiroteo que se escuchaba del otro lado del valle.

De repente, á poca distancia, claras, y con admirable precisión, y con estruendo que á todos hizo estremecer, se oyeron precipitadamente algunas detonaciones.

Entonces algunos de los *nacionales* regresaron corriendo, al puesto de la primera sección, que se detuvo repentinamente.

—¡Ahí vienen! ¡ahí vienen!—gritaban aquellos *nacionales*.

Las detonaciones se multiplicaron al frente de la primera sección.

Los soldados de ésta, esparcidos en un gran espacio sinuoso tras de los pinos y de los pedruzcos, llevaron las culatas de los fusiles, al hombro.

—¡Muy buena puntería y mucha calma! ¡cuidado con desperdiciar el parque!—gritó el capitán Alcérreca.

Empezóse á escuchar á lo lejos un gran murmullo en el que dominaban gritos ininteligibles.

Sin embargo, aun no se veía nada, y nadie disparaba, permaneciendo la sección á la expectativa. Es decir, tomaban la defensa pasiva en un terreno desconocido para ellos y conocidísimo del enemigo que debía avanzar velozmente sobre ellos. Luego los gritos pudieron al fin distinguirse.

—¡Viva el Gran Poder de Dios!... ¡Viva María Santísima!

Al fin se rompió el fuego al frente, aun sin ver á nadie, sin apuntar, sino hacia allá, de donde venía el griterío.

—¡Con que aquí va á ser el combate, como quien dice, en medio del bosque, en la falda de un cerro!—pensó Miguel, aterrado, comprendiendo lo grande del peligro y lo difícil de la situación...

...Y las primeras balas enemigas empezaron á silbar por entre los árboles. El combate principiaba.

Preparó su arma muy pálido, esperando sobresaltado ver al enemigo que se sentía oculto y que contestaba el fuego. Sus gritos redoblaban, gritos salvajes que aterrorizaban á la tropa desesperada de no ver á los contrarios, sin poder avanzar ni retroceder, obligados á aceptar el combate en tan desfavorables circunstancias.

—Esto va á terminar mal... continuó pensándose.

A cada momento los gritos se multiplicaban, acentuándose más, y las balas enemigas con mayor puntería, tenían silbidos más agudos, empezando á pasar á la altura de los képis.

—¡Viva el Gran Poder de Dios! ¡Viva la Santísima Trinidad!—eran las voces y alaridos que las ráfagas llevaban á los soldados, á veces muy distintamente.

Uno, herido mortalmente en el pecho, abrió los brazos, dejó caer el *remington* y murmurando dolorosamente un *¡ay Jesús!* cayó muerto boca abajo. Era la primera víctima.

Y entonces, un cabo joven que se inclinó para levantarle, dió un grito, cayendo á su lado, herido en una rodilla.

Primero, los cercanos á este grupo quedaron consternados; pero un grito del teniente Torrea les reanimó y furiosos, siguieron haciendo fuego, hacia abajo, sin apuntar.

Miguel vió, entre la espesura, un hombre alto, de gran barba, con blusa blanca y pantalones oscuros; en su sombrero de palma flotaba un pañuelo blanco. El montañés levantó su carabina y gritó desafortadamente, al tiempo que casi sin apuntar hacía fuego:

—¡Viva el Poder de Dios! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

—¡A ese!... ¡Allí, allí... cácnolo!—gritó un sargento.

A la derecha de Miguel, un cabo herido en una mano, empezó á quejarse.

Muchos apuntaron hacia el claro en que el *tomoche* de rodillas, estúpidamente heroico, hacía fuego y acababa de atravesar con una bala la boca de un corneta, cuyo instrumento, rebotó entre las piedras. Un momento después, se desplomó aquel valiente enemigo, cayendo de costado.

Ya la pólvora de los disparos había enturbiado la atmósfera con una nube blanca y espesa, y su olor acre y excitante llenaba el espacio donde resonaban desordenadamente las detonaciones, entre los gritos del enemigo que subía el cerro y las voces de mando de los oficiales.

—¡Viva la santa de Cabora! ¡Muera Lucifer!—y nutridas descargas acompañaban á estas extrañas palabras.

El capitán Molina iba de un lado á otro, animando, animando á todos; y gritaba enronquecido para contestar dignamente:

—¡Viva el supremo Gobierno! ¡Viva la República Mejicana!

—¡Adelante, muchachos! ¡Adelante! ¡Viva el 9.º batallón!—rugía Torrea.

Un momento de ánimo hizo avanzar atrevidamente las secciones; todos se entusiasmaron.

—Sí, sí, adelante para que vean que el 9.º nunca pierde!... ¡Viva el general Díaz!

Hubo un momento de calma, los soldados recordando su sangre fría después del primer estupor, bajaban agazapados, sudorosos y jadeantes; deteniéndose instintivamente ante los grupos de árboles y las altas rocas.

Un soldado, que iba á hacer fuego tras de una de ellas, soltó repentinamente su arma, rodando él, completamente ensangrentado. Era que el proyectil enemigo diera con el borde granítico de la piedra, hiriéndole el cráneo las astillas que hizo saltar.

El fuego enemigo menguó un poco, y al fin, encontraron el primer cadáver tomochíteco con dos anchas heridas en el vientre y la cabeza, la boca entreabierta, mostrando fuerte y blanca dentadura, sujetando nerviosamente la carabina.

—¡Viva el 9.º batallón!.. ¡Viva el Gobierno!

Sin embargo, el enemigo no se dejaba ver y sus balas hacían horribles destrozos y sucedió que el relativo alineamiento que al principio llevaban las secciones, se perdió por completo en las asperezas del terreno; los soldados ya sin ninguna cohesión, demasiado sepa-

rados, se hallaron abandonados á sí mismos, y en vano algunos oficiales, también contagiados, intentaban ordenar otro avance.

Lo peor fué que á sus espaldas sonaron descargas. Aquello heló de pavor á todos. ¿Qué sucedía?

Les tomaban por la retaguardia. ¿Pero cómo se había verificado aquello?... Se encontraron entre dos fuegos y un soldado herido en la espalda cayó muerto.

Hubo un terrible instante de indecisión y algunos intentaron retroceder.

En vano los oficiales se esforzaban conteniendo el principio de la desbandada; pero también á ellos se comunicó el pánico.

—¡No corran, no corran!..... ¡Cobardes, á dónde van!—les gritaban.

A su retaguardia el fuego aumentó. Algunos, volviendo la espalda, contestaron; pero Castorena, que venía á todo correr, bajando á saltos, les gritó:

—¡No tiren atrás, no tiren para allá; son los nuestros, es la segunda compañía que no sabe dónde estamos! ¡Que no tiren!

Pero como muy pocos oían sus palabras, perdidas en el estruendo precipitado de las detonaciones y los gritos, nadie atendió, y se empezó á tirar en todas direcciones, como si súbita locura hubiérase apoderado de aquellos hombres, combatiendo contra los enemigos invisibles de la Selva-Montaña.

Ah! lo que más angustiaba en aquella terrible situación, más que la atroz incertidumbre del enemigo,

respecto á su fuerza y número, era la falta de dirección y de órdenes superiores, por lo que la vacilación aumentó, y un verdadero pánico reinó, cuando se oyeron á la espalda aquellas malditas descargas que acabaron con el resto de moral que quedaba!

El humo de la pólvora, el estruendo de las descargas, el silbido de las balas y los alaridos feroces del enemigo, que por todas partes los rodeaban, hicieron de aquel rincón de la montaña el país del vértigo en un momento de pánico!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO